

«EL PODER DE LA PALABRA»

La predilección de Jesús Benítez por la figura y la obra de Vicente Huidobro se proyecta ahora sobre su recuerdo. El «conocer» y el «decir» —escribía Jesús en el último trabajo dedicado al escritor chileno— son «dos actividades fundamentales para la vida del ser humano».

En su condición de profesor universitario, Jesús se aplicó a la obsesiva búsqueda del «conocer». Incansable lector y estudioso de toda materia relacionada con la creación artística, nos dejó por escrito un legado intelectual que muestra su sensibilidad para abordar los asuntos literarios. Pero lo no constatado por escrito fue bastante más allá, porque Jesús tenía la capacidad de transmitir opiniones e inquietudes intelectuales con la naturalidad del buen «hablador». Así nos hizo partícipes de atinadas interpretaciones de los textos literarios más complejos. Así nos transmitió su predilección por los modernistas, románticos evolucionados siempre dispuestos a defender su libertad; su admiración por los grandes narradores contemporáneos. A través de su palabra conocimos las obras de muchos buenos escritores apenas divulgadas y entendimos mejor la poesía de Octavio Paz, la de Cardenal, la de Nicanor Parra o la del primer Borges.

A los buenos escritores —decía Jesús— hay que imaginarlos, porque descubrir sus comportamientos puede perturbarnos a la hora de disfrutar de sus obras.

A Jesús Benítez no hace falta imaginarlo como a los grandes escritores, sino reencontrarlo en todo aquello que dejó después de su marcha cuando adquieren sentido los versos de uno de sus poemas preferidos:

de modo que el tiempo cierto
prolongará nuestro abrazo
y será posible, acaso,
vivir después de haber muerto.